

En la Exposición Nacional de Artes Plásticas

1

Mucha animación en el vestíbulo. Muchas caras de admiración. Algunas de embobamiento. Parece que a la mayoría la ha desconcertado aquel despliegue pictórico de obras viejas que llenan la planta baja del Teatro. Las gentes van siguiendo las obras con el catálogo en la mano. Nosotros no nos decidimos todavía a ver. Nos place observar a las gentes y pescar sus comentarios. Nos acercamos a la copia de la Maja Desnuda de Goya, que, de largo, por tonos del colorido, nos parece admirable. La proximidad nos desencanta un poco. La pincelada firme, característica, del maestro tiene aquí una esfumación que vanamente se esfuerza por cortar las líneas. No nos place la copia. Sin saber todavía por dónde empezar, pasamos a la sala de la derecha. El catálogo nos dice que hay allí una obra de Sebastián del Pombo y otra que se atribuye a Durero. La primera, si no lo es, merece serlo. Fuerte, bien construida y muy seria, a pesar de que no oculta el retorcimiento de pose del Renacimiento italiano, de que es una muestra, según Taine, la Madonna de Fiésole. Es, a nuestro juicio, la más valiosa obra de la sección antigua. En cuanto al Durero, no nos atrevemos a decir que no lo sea. Quizá de la época de Italia, pero lo dudamos. En ese lienzo, apenas visible ya, no hay un solo rasgo del formidable constructivista alemán.

Decidimos dejar para último lo viejo y subimos al foyer. En la escala tropczamos con un amigo que se ha emborrachado de vejez y nos dice:

—Esto es pintura!

—¿Cuál?

—Todo esto de abajo. No, arriba no hay más que mamarrachos. ¿Qué diferencia!

Llegamos arriba. Y respiramos. Habíamos salido de un mundo antiguo que nos oprimía el pecho. Ahora estábamos frente a la vida, frente al siglo. Los tonos oscuros, las perspectivas muertas, las figuras estáticas, eran ahora luz y movimiento. Hay muchos, quizá demasiados mamarrachos arriba, es cierto. Pero es necesario ser indulgentes. Se ha querido admirarlo todo, por estímulo. No estamos de acuerdo con la idea, pero no nos toca censurarla y hasta la respetamos. Eso sí, guardaremos silencio ante los mamarrachos.

Al entrar, nos llama la atención un cuadro de Manuel de la Cruz González, que ocupa orgulloosamente el centro del salón. Vamos hacia Manuel de la Cruz. Ya iremos con cada uno de los demás en crónicas sucesivas.

González lo abarca todo. Paisaje, figura, composición. La última en menor escala. No hay un "estilo" definido en él. Varía desde un clásico convencional, como el cuadrado de las manos, hasta el modernismo, no sentido sin duda, como dos de sus paisajes. Es pues un término medio, con las variaciones propias del que ensaya y se orienta. La personalidad no se ha afirmado en él, pero comparando su labor anterior con la de este año, es necesario convenir en que el progreso es grande, lo cual promete una madurez muy próxima. Lo que más nos place de González, su Anunciación, una de las mejores obras de toda la sala.

La Anunciación es sencilla, suave, alada. No hay retórica en ella. No hay recursos. Deja casi de ser pintura por su máxima

sencillez. Como obra moderna, no tiene sino un vago sentido místico. Quizá haya en ese cuadro mayor sentido decorativo, no obstante que del ángel fluye una rara emoción alada.

El contraste de la Anunciación con el cuadro que está encima es violento. La decoración que el autor llama Tropical es retórica. La obra atrae sin duda. Como labor pictórica es la más vasta de la exposición. Es todo un alarde. Pero no nos llena. En primer lugar, como obra decorativa, carece de la sencillez y uniformidad de la pintura decorativa. Demasiado recargo. Bien es cierto que todo lo tropical, cuadros como discursos, son eminentemente retóricos. Pero aun los excesos tropicales, en el arte moderno, tienen el freno de las tendencias nuevas. Gauguin nos lo demuestra, para acudir a un adaptado y no a maestros autóctonamente tropicales. La figura es bella, pero no precisamente tropical. La cara es asiática. El colorido de la piel no es blanco, ni asiático ni moreno de trópico. Sin embargo, convenimos en que todo esto no merece tomarse en cuenta ante el vigoroso y al mismo tiempo fino modelado de la figura.

De la otra decoración, la Virgen, pensamos que tiene mayor sentido decorativo o, para decirlo más justamente, total sentido decorativo. El éxito de ese cuadro está en las manos. El paisaje a espaldas es un esfuerzo para imponer la pureza de los colores y para dar a cada uno de éstos un valor real y determinado. Es la obra maestra de la modalidad moderna de Manuel de la Cruz.

Manuel tiene obsesión por la luz y especial voluptuosidad por interpretarla en amarillos. Es poco amigo del contraste violento de luz y sombra, aun en paisajes en que bien podría intentarlo con toda propiedad. Con propiedad y con grandes resultados, como en el paisaje de la carreta bajo los árboles, donde la plenitud de sol y luz se debe a la propiedad con que están tratadas las sombras. Como en el paisaje de agua y bos que, en que la sombra le da valor especialísimo a los amarillos.

El esfuerzo y la valiosísima vena artística de Manuel de la Cruz González merecen un sincero aplauso que este cronista, para él desconocido, le envía sinceramente.

Luisa G. de Sáenz sigue a la derecha. Advertimos que no seguiremos ni este orden ni otro alguno. Aquí lo adoptamos porque también vamos a consignar otro aplauso para Luisa G. de Sáenz. No solo ha progresado sino que ha hecho toda una evolución. Y una evolución en el buen sentido. Hacia lo moderno. Sus obras de este año tienen soltura, luz y vida. Va hacia una sencillez discreta, hacia una pureza de pintura que promete grandes frutos. Magnífica su Mujer del Canasto, pero mejor aún la cabeza de mujer, que juzgamos un acierto y sin duda su mejor obra. Luisa sí es amiga de los contrastes. El paisaje que llama de Guadalupe, pensamos, habría ganado considerablemente si trata con más valentía el cielo. Es una simple gradación de azul, pero el efecto es notable. En esta artista nos interesa ante todo la evolución, que revela un temperamento artístico de altos vuelos y de indudables promesas.

Mañana continuaremos dando la vuelta al salón.

LUIS RIEUX



ta (será Ric con